

# C U E N T O S                    D E

## V I A J E

Jamás pensé que mi sueño se pudiera hacer realidad, pero sucedió, y aún varios años después sigo sin poder creérmelo; y por eso estoy aquí, después de tanto tiempo, contando mi historia ...

Desde que tengo uso de razón, recuerdo estar viviendo con mi padre. Él se llamaba Manuel y era marinero y desde que murió mi madre, cuando yo sólo tenía cinco años, viajamos juntos en nuestro barco. Esa era mi vida ... bueno si se le puede llamar vivir a estar de aquí para allá, ahora en tierra y ahora medio año en el mar. Pero a mí siempre me gustó.

Durante los meses que pasábamos en tierra, que normalmente era en Cádiz, iba a la escuela especial para los hijos de los marineros. En esas clases estábamos todos mezclados: chicos con chicas, y además de edades muy diferentes. Allí no aprendíamos gran cosa, porque siempre estábamos yendo y viniendo, pero yo tuve suerte y pude aprender a leer y a escribir. Y cuando estaba en el mar, que no sabía por cuanto tiempo sería, aprendía de mi padre cosas más prácticas como a hacerme una buena sopa, a utilizar la brújula correctamente o a escuchar. Si, puede sonar algo raro eso de "escuchar", pero es verdad. Muchísimas noches después de cenar, salíamos a cubierta y nos tumbábamos en el suelo a mirar las estrellas, y siempre, después de estar un largo rato en silencio, mi padre me contaba alguna de sus historias, aunque nunca supe si se las inventaba, las vivió en realidad o se las escuchó a alguien. Pero no eran historias corrientes de esas que todos los padres les cuentan a sus hijos antes de dormir, no, sino que eran historias fascinantes sobre tesoros, animales increíbles, piratas o islas paradisíacas. Eran de esas historias que nunca olvidas, de esas que se te quedan grabadas en la memoria y que no importa cuantos años puedan pasar, que siempre recuerdas cada detalle de ellas. Yo no las olvidé, o eso creía. Yo siempre deseé ser la protagonista de alguna de ellas, y mi padre, cada noche me repetía:

- No te preocupes, algún día tu sueño se hará realidad. Tú solo cree en ellos.

Mi vida se basaba prácticamente en eso. Nos levantábamos muy, muy temprano, casi antes de que saliera el sol. A medio día más o menos, mi padre recogía las redes que había echado al amanecer, y si teníamos suerte, ese día cenábamos un auténtico manjar. Había mañanas en las que el sol brillaba con fuerza y el cielo estaba completamente celeste, que podía ver a los delfines. Me encantaban aquellos animales. Hubo veces que me tiré al agua para jugar con ellos. Era fantástico. Me encantaba mi vida, la adoraba y yo sólo tenía nueve años ...

Los años fueron pasando y claro, yo fui creciendo. Un día, cuando ya volvía el invierno, y con él el frío, volvimos a tierra, a Cádiz. Durante esa estancia, desapareció la felicidad y la ilusión de mi vida, y todo debido a que mi padre junto con mis abuelos, habían decidido llevarme interna a un colegio a Madrid. Pero, ¿cómo pudieron hacerme eso? Me quitaron de golpe todo lo que yo amaba. Me arrebataron los amaneceres, el olor a mar, el suave balanceo del barco ... no era justo, yo quería ser como mi padre y vivir en el mar.

Al final, el cinco de enero, me encontraba allí, delante de un viejo edificio, con las maletas vacías de ilusiones y con mi padre detrás, a punto de arrepentirse de su decisión. Pero no, fue fuerte y se marchó, pero prometió volver a buscarme algún día. Me quedé. Sola. Sin fuerzas. Soñando en el mar.

Una señorita bien formada, me acompañó a mi habitación y en cuanto entré, me derrumbé en la cama. Soñé con mi barco, las playas, el mar y con mi padre sacándome de allí... pero de pronto un estruendo de golpes en la puerta me despertó. Era la directora de la escuela, la señorita Hidalgo, que quería enseñarme lo que por mucho tiempo sería mi hogar. Me llevó de aquí para allá, como si fuera una muñeca de trapo. Me enseñó todo el edificio de arriba a bajo, me presentó a mis compañeras de clase, a las profesoras e incluso a las cocineras, pero todo eso no me importaba, sólo quería volver.

Pasaban las semanas y poco a poco me fui acostumbrando a todo aquello que era tan extraño para mí.

Las normas de aquella escuela eran muy estrictas y nadie se atrevía a desobedecerlas debido a las terribles consecuencias que ello acarrearía. Por las mañanas, después de despertarnos al sonido de una campanilla y desayunar en completo silencio, íbamos a clase.

La verdad es que allí aprendí muchísimo: matemáticas, geografía, francés y hasta aprendí a coser perfectamente. Pero aún así, a pesar de estar aprendiendo todas aquellas cosas, a veces acompañaba a mi pensamiento a navegar de nuevo en mi barco. ¡Lo echaba tanto de menos!

En la escuela no hice muchas amigas pero hubo alguien, una chica, Isabel, que se convirtió en alguien muy importante para mí en aquel mundo que no era el mío ni el suyo ...

Ella era una chica sencilla, muy cariñosa y amiga, y eso era lo que yo necesitaba, una persona que me ayudara y me comprendiera.

Allí, en el colegio, fueron pasando los años uno tras otro y ya había perdido la esperanza de volver a ver a mi padre, y mucho menos de recuperar todo lo que había perdido.

Un día, frío y oscuro, llamó a la puerta la peor noticia que jamás había recibido pero peor fue para mi amiga. Una mujer de expresión seria entró en el despacho de la señorita Hidalgo. No estuvo mucho tiempo allí. Salió y la directora la acompañó a la puerta y después con una cara de tristeza que no podía disimular y con lágrimas cayéndole por las mejillas como si de un gran río se tratase, se acercó a nosotras y, con un hilo de voz, le dijo a Isabel que sus padres habían muerto en un accidente. En ese momento se me paró el mundo, me flaquearon las rodillas pero aguanté. Isabel no hablaba, no se movía, ¡inada! Durante las tres o cuatro semanas siguientes estuvo totalmente ausente del mundo. Yo la intenté consolar, pues yo también había perdido a mi madre, pero claro, todo ocurrió cuando yo tenía cinco años y no me acordaba muy bien. Pasó el tiempo y con él la tristeza de mi amiga.

Recibí una carta, no tenía remitente, sólo ponía mi nombre. Al abrirla y ver el primer párrafo, lo supe, era él que volvía para buscarme. Después de siete años lo volvería a ver.

Había estado esperando ese día con muchísima ilusión, aunque últimamente había estado a punto de perder la esperanza. Pero por otra parte pensaba en Isabel, me dolía muchísimo dejarla allí sola, sin nadie. No podía soportar la idea.

Por fin llegó el gran día, por fin podría volver a recuperar mi tan añorada vida, de la que apenas recordaba ya algo.

Eran las siete de la mañana y yo ya estaba vestida, y acababa de desayunar en la cocina. De pronto, apareció mi amiga llorando y diciéndome que nunca me olvidaría y que me quería como a una hermana. En aquellos momentos de tristeza lo vi todo claro: ella se vendría con nosotros.

A las nueve en punto llamaron a la puerta, y al abrir, allí estaba tal y como yo lo recordaba, de pronto me llegó un olor muy familiar que me hizo recordar muchas cosas. No pude pensar, me abalancé sobre él y no sé cuántos minutos estuve pegada a su cuerpo, recordando. Lo había echado mucho de menos.

Le expliqué a mi padre todo lo que había pasado con Isabel y cuánto la quería. Desde el primer momento él supo lo que pretendía, y con un sonoro "sí", contestó a mi petición para que ella viajara con nosotros.

Un coche, tirado por dos preciosos caballos negros, los cuales relucían al sol como dos hermosas piedras de azabache, nos esperaba en la puerta. Subimos el equipaje y nos pusimos en marcha. Tardamos dos días completos hasta llegar a Cádiz. Allí, no fuimos a casa de mis abuelos, pues ellos no sabían que mi padre había ido a buscarme; él no se lo dijo porque sabía que no estarían de acuerdo. Directamente nos fuimos al puerto, y nos vimos en un abrir y cerrar de ojos en un barco que yo no conocía. No era el que yo recordaba, sino que era nuevo, y mucho más grande. Era nuestro nuevo hogar.

Desde el primer momento, mi padre e Isabel se llevaron de maravilla. Cuando les oía hablar, daban la impresión de que eran muy buenos amigos, o incluso podían llegar a parecer padre e hija. Llegó a quererla tanto como a mí.

Llevábamos dos semanas en el mar y todo era absolutamente perfecto. Una noche de invierno, más concretamente el 3 de mayo de 1771, íbamos cenando los tres en el camarote, hablando de nuestra aventura en Marruecos, de donde hacía dos días que habíamos partido, cuando el balanceo del barco se acentuó mucho. Nosotras nos asustamos demasiado por lo que a simple vista podría parecer algo insignificante, una simple tormenta. Papá salió a ver qué era lo que ocurría fuera, y en cuanto abrió la puerta, una fuerte corriente de agua y viento entró en la habitación y lo alborotó todo. Papá tuvo que hacer un gran esfuerzo para salir fuera y controlar el barco.

Llovía, tronaba, el mar estaba muy revuelto y bravo, como si estuviera enojado por alguna razón que nadie podía entender.

Papá no volvía; ya había pasado un buen rato, y él no volvía. Comencé a preocuparme, y quitándome el temor de encima, decidí salir a mirar. Hacía un viento tan fuerte que casi podía conmigo. Eché un vistazo por toda la cubierta del barco y no lo vi. De repente pensé lo peor. ¡No!, aparté ese pensamiento de mi mente. Lo busqué, pero no lo encontraba... estaba asustada, desesperada, desorientada. Volví con mi amiga y llorando nos dormimos.

El sonido del canto de los pájaros me despertó. Tenía la vista borrosa, aún tardé unos segundos en situarme. Lo recordé todo. Miré a mi alrededor, todo estaba roto y tirado por el suelo. Frente a mi vi a Isabel, tumbada en el suelo y con una pequeña herida en la frente. Con las pocas fuerzas que me quedaban en el cuerpo, me acerqué arrastrándome hasta ella. Respiraba. La golpeé y balanceé como pude hasta que abrió los ojos, y con una expresión más que extraña me preguntó:

-¿Dónde estoy?

No supe qué decirle, porque en realidad yo tampoco sabía nada...

Salí fuera y no pude creer lo que estaba viendo. Era la isla de los cuentos de papá, tal y como él me la había descrito. El agua era totalmente cristalina y no estaba nada fría; la arena blanca y muy fina, junto con una espesa vegetación, formaban aquel bellissimo paisaje. Era el lugar en el que yo siempre quise vivir, aunque faltaban los piratas y el caballero que siempre salva a la dama, pero eso no importaba. Estábamos allí y quedaba mucho por hacer.

Isabel me siguió hasta la orilla, y cuando estuvo delante de mí, comenzó a preguntarme, asustada y muy nerviosa, qué era todo aquello. Y en un tono que sonó algo extraño, le dije que seguramente fuera nuestro hogar.

Iban pasando los días, y nos fuimos acostumbrando a estar allí rodeadas de animales. Se nos daba muy bien eso de buscarnos la comida y cuidar de nosotras mismas. Lo pasábamos bien pensando que seguramente éramos las dueñas de todo aquello, de aquel tesoro; pero nos estábamos equivocando totalmente. Pasó mucho tiempo hasta que volvió a llegar el frío e Isabel y yo decidimos trasladarnos al interior de la isla para protegernos de la gran humedad de la

noche. Anduvimos un buen rato por pequeños senderos que fuimos haciéndonos mientras nos abríamos paso entre la maleza salvaje que por allí adundaba. Y por fin lo encontramos. Encontramos una especie de poblado (digo especie porque a simple vista no se sabía muy bien qué era aquello). Nos adentramos un poco más y pudimos ver de cerca unas casas o chozas con una especie de masa rojiza y dentro de estas había incluso pequeños muebles y utensilios. Era como si las personas que allí vivían se las hubiera tragado la tierra, pues habían dejado todo como si fueran a volver de un momento a otro. Tuvimos mucha suerte pero aunque nos teníamos la una a la otra, comenzábamos a echar de menos el contacto con otras personas.

Pasaron las semanas, y un día soleado Isabel salió temprano a buscar algo para la cena y mientras yo me quedé limpiando un poco todo aquello. Me di cuenta de que justo al lado de una puerta había tierra removida, eso me extrañó porque el resto del suelo estaba más que liso. Sólo por curiosidad empecé a quitar tierra. Allí no parecía haber nada pero justo cuando lo iba a dejar ya, por puro aburrimiento, lo vi. Un papel muy grueso con unos dibujos muy extraños. Era muy difícil distinguir algo, lo único que se podía reconocer es que era una isla, que por lo que sabía de los cuentos de mi padre solían llevar a un tesoro o a algo que tuviera mucho valor. Me emocioné mucho y cuando volvió mi amiga se lo conté todo pero al contrario de lo que esperaba se burló de mi y me dijo que lo olvidara todo que era una simple tontería. Durante los días siguientes estuve pensando mucho en todo aquello, mirando una y otra vez aquel trozo de papel y poco a poco le fui sacando parecido con el sitio en el que estábamos viviendo.

Reconocí algunos lugares y después de pensármelo mucho me decidí a ir al sitio que más llamaba la atención en aquel viejo mapa, pues supuse que sería el más importante. Isabel no sabía lo que yo estaba haciendo. Anduve horas y horas hasta que, con mi cuerpo sumido en un terrible cansancio, di con él. Yo me esperaba, no se, algo más impresionante o por lo menos yo me conformaba con una pequeña cueva o algo parecido, pero ¡qué va! En vez de eso había un gran agujero en el suelo. Por un momento pensé que seguramente me tenía que haber equivocado de lugar pero en el mapa lo decía todo muy claro, era allí. Estaba muy oscuro y no se veía la profundidad que

alcanzaba. Me picó la curiosidad y como todavía había suficiente luz decidí entrar. Al principio no veía nada, ni siquiera sabía donde iba pisando pero había una fuerza que tiraba de mí hacia delante. Seguí caminando y pronto pude ver un poco de claridad. No podía creer lo que veían mis ojos, no lo podía imaginar ni en el más remoto de mis sueños. Pensé que serían las ganas que tenía de ver y de hablar con otras personas lo que me estaba volviendo loca. Aquello era increíble, no podía ser, había a lo lejos una gran ciudad y muchísima gente por todos lados. Anduve, empujada por esa fuerza que no me dejaba parar, hasta llegar a las puertas de la ciudad. De pronto, una chica muy alta y esbelta se acercó a mí y me preguntó por qué había entrado allí. Yo no supe qué responder. Me estuvo explicando que aquel era un lugar fantástico donde sólo podían estar las personas que creían en lo imposible. De pronto asumí que me estaba volviendo loca pero empezaron a llegar a mi memoria todas y cada una de las historias de papá y que siempre me dijo que creyera en ellas, que eran reales, y así lo hice, siempre creí en tesoros perdidos o inmensos animales marinos que salen de la nada pero poco a poco los había ido olvidando. Ese era un mundo perfecto, en él todo el mundo creía en algo por lo que luchar todos los días de su vida. Allí viví mucho tiempo, creyendo en cosas fascinantes y pensando que todo fue gracias a mi padre.

Al cabo de muchos años, me desperté en la playa, la misma en la que perdí a Isabel. Ya me había hecho mayor y no creía en nada ni en nadie.

Desde ese día, esa mujer está escribiendo esta historia pese a que los demás sólo crean que son estúpidas fantasías...

ANA CANTÓ VICENTE  
14 AÑOS, HUELVA